

NO queda nada de la antigua *Jerusalén*; pero es probable que ni esta ciudad, ni ciudad alguna de Judea, pudiera compararse con Babilonia ó Tebas. El pueblo hebreo, fuerte moralmente, fué siempre escaso y débil: su número no excedió nunca de cuatro á cinco millones; su poder no traspuso las montañas del *Líbano*. El palacio de *Salomón* y el Templo; tales fueron las únicas maravillas de que se ufanaban los hebreos. Parece que uno y otro (palacio y templo), fueron construídos por artistas fenicios, que, por lo menos, dieron los ricos materiales de que estaban hechos. Según el libro de los Reyes, era notable por su riqueza el trono de marfil, formado por seis escalones, con dos leones cada uno. El templo, edificado también en tiempo de *Salomón*, se componía de tres partes: en el fondo, el *Sancta Santorum*, (Santo de los Santos) en donde se encontraba el *Arca de la Alianza*, y donde solo el sumo sacerdote tenía derecho á penetrar, una vez al año; en el centro estaba el *Lugar santo*, con el altar de los aromas, el candelero de los siete brazos y la mesa de los panes; delante, se encontraba el *Atrio*, abierto al pueblo, y en el que se sacrificaban las víctimas de animales.

No hay que hablar de escultura en un pueblo cuyas leyes prohibían la representación de seres superiores; y lo cierto es que toda su industria y sus artes, pertenecían á los fenicios. En cambio, en literatura, la Biblia es el monumento más bello y venerable que dejó la antigüedad.

LOS FENICIOS.

I.—Orígen de los Fenicios.

POR el mismo tiempo en que los *hebreos* se establecían en el valle del *Jordán*, otras tribus de la raza semítica ocupaban la costa, desde el mar de *Siria* hasta las montañas del *Líbano*. No quedan ruínas, monumentos ni libros de ese pueblo; pero los hebreos y griegos que mantuvieron con él estrechas relaciones, nos han transmitido numerosos detalles de su vida pública, su religión, sus artes, su industria y su comercio. Este pueblo fué el que estableció el lazo de unión entre el Oriente y Occidente, y el que enseñó, en fin, á escribir al mundo.

Ya para el siglo XIII antes de Jesucristo, se elevaban en los islotes de la costa la opulenta *Tiro*, y la ciudad de *Arad*, y en el continente, *Gebel*, *Berite* y *Sidón*. Tan estrecho terreno no pudo contener á tan laboriosos y activos habitantes, y se lanzaron en barcas construídas con los cedros del *Líbano* hasta el extremo del *Mediterráneo*, fundando colonias en las islas y á lo largo de las costas; una de estas colonias, *Cartago*, llegó con el tiempo á tener mayor importancia y poderío que la madre patria y disputó al pueblo rey el dominio del mundo. Según la leyenda, unos tirios expulsados en el siglo IX por una revolución, llegaron á la costa de Africa conducidos por la reina *Elisar* ó *Dido* (la fugitiva); los naturales no quisieron venderle más terreno que el ocupado por una piel de buey; entonces, la hizo tiras muy delgadas, abarcando así gran extensión de tierra, en que pudo edificar la ciudad que llegó á ser temida rival de Roma.

II.—Organización política y social.

LOS fenicios no constituyeron un imperio: cada ciudad tenía su rey, y su asamblea. Sin embargo, la ciudad de *Tiro* era como el centro de una confe-

deración, en que se reunían delegados de todos aquellos reinos independientes, para discutir los asuntos generales. El gobierno de Cartago era especial: lo formaban dos reyes; pero los asuntos importantes eran discutidos y resueltos por un *Senado*, compuesto por los mercaderes más ricos de la ciudad. Todas las cuestiones las revestían con carácter mercantil; fué así el único pueblo en la antigüedad, donde se formó una clase industrial, comerciante y rica que compartió y que llegó á absorber el gobierno. Los guerreros, en efecto, eran poco importantes en el seno de este pueblo industrial y activo: los habitantes de las ciudades fenicias de Asia, con pagar tributos pudieron escapar á la conquista; *Cartago*, como no tenía enemigos cercanos que temer, se engrandeció, y formó un ejército de mercenarios bien pagados, para defender sus factorías de comercio y el vasto campo de explotación de sus colonias.

Con la plata de las minas de España, con su industria y con los productos de comercio de todo el mundo conocido entónces, los fenicios adquirieron la importancia y el poderío que vastos imperios orientales no alcanzaron á obtener jamás. Cierta es que la grandeza de este pueblo se derrumbó á los golpes del héroe macedón y los conquistadores romanos; pero lo es también, que abrieron nuevas vías á la actividad del hombre, dieron el ejemplo de la introducción de un nuevo elemento en el gobierno, modificando las nuevas instituciones asiáticas y facilitaron la civilización de Occidente, por medio de las comunicaciones y el comercio de los pueblos.

III.—Religión.

LA religión de los fenicios, aunque sin influencia sobre las instituciones, era enteramente oriental, y semejante á la de los caldeos. Adoraban al sol y á la luna, como dotados de gran poder que crea y destruye; les daban diferentes nombres y los representaban por medio de ídolos, á veces repugnantes. En *Sidon*, llamaban al sol *Baal-Sidón*, y á la luna *Astoreth*; en *Gebel*, *Baal-Tamuz*, *Baallet*, y en *Cartago*, *Baal-Amón* y *Tanith*; pero en todas estas ciudades tenían, igualmente, sus templos, altares y sacerdotes, y en todas los

honraban con orgías, fiestas y sacrificios humanos. Para aplacar la ira de *Baal-Moloch*, á quien consideraban como destructor, colocaban niños vivos en los brazos de un coloso de bronce [imagen del dios], dejándolos luego que cayeran en un abismo de fuego.

IV.—Industria y Comercio.



NO todas las mercancías que trasportaban en sus barcas los fenicios eran de importación extranjera; ellos mismos fabricaban diversos productos, entre otros el bronce, para cuya confección necesitaron ir hasta Inglaterra, [islas casitérides], para traer el estaño que entra con el cobre en aquella aleación; fabricaban la *púrpura*, tiñendo las telas con un molusco gasterópodo que recogían en las costas de Grecia, y hacían ídolos, utensilios y armas, que vendían á los pueblos todavía bárbaros de Occidente. Pero en lo que no tenían rival era en el comercio: y cuando ningún pueblo se atrevía á navegar, ya eran ellos los comisionistas y traficantes del mundo civilizado en aquella época. Iban, en fin, entre los bárbaros á buscar lo que no hallaban entre los pueblos cultos.

Por tierra realizaban este comercio por medio de caravanas que iban á la *Arabia*, á la *Asiria* y al *Mar Negro*. De *Arabia* traían oro, ágata, ónix, incienso, mirra y perfumes; de *Asiria*, telas, asfalto, piedras preciosas y sedas; y del *Mar Negro*, esclavos del *Cáucaso* y vasos de cobre. Por los puertos de *Persia*, recibían, aromas, perlas, especias, marfil, ébano y plumas de avestruz, de la India, así como la seda y laca de China.

Con Occidente, estos audaces marinos hacían un extenso comercio por mar; para esto, construían con los cedros del Líbano grandes barcas de remo y velas, aprendiendo muy pronto á guiarse por la estrella polar. No solo visitaron todas las islas y las costas del Mediterráneo, y establecieron en ellas factorías, sino que atravesaron las temidas *columnas de Hércules*, (estrecho de Gibraltar), penetraron al Océano, tocaron las costas de *Inglaterra* y tal vez las de *Noruega*. Se supone, en fin, que varios fenicios al servicio de un rey de

Egipto (Neko); dieron la vuelta al Africa, y que un marino cartaginés, *Hamón*, llegó al golfo de *Guinea*. Lo cierto es que establecieron colonias y mercaderías en la costa de Africa, en *Chipre*, *Grecia*, *Creta*, *Sicilia*, *Malta*, *Cerdeña*, *España* y *Galia*, y que con su contacto se civilizaron los pueblos bárbaros de Occidente.

V.—Artes é Inventos.

LOS fenicios no eran artistas; constituían un pueblo de marinos y mercaderes que contribuyeron con su tráfico y comunicaciones á la civilización de los pueblos que ocupaban toda la cuenca del Mediterráneo. Mas, como poderosos y ricos, crearon fama de arquitectos y constructores. *Hiram*, rey de *Tiro*, envió á Salomón los obreros que construyeron el palacio y el templo de Jerusalén. *Tiro* y *Cartago* eran ciudades opulentas; pero la mayor influencia que ejercieron los fenicios en el mundo se debe á la creación de los signos fonéticos de la escritura. Es evidente que muchos pueblos orientales, entre ellos los egipcios y los asirios, empleaban, los primeros desde tiempos desconocidos y los segundos desde el siglo XIII, antes de Jesucristo, algunos signos fonéticos, esto es, que representaban el sonido de letras ó sílabas; pero tales signos se hallaban mezclados con otros ideográficos, símbolos de las ideas ó palabras, y no de los sonidos que las representan en el lenguaje. Esto daba origen á una gran confusión en la escritura, pues que ésta se dirigía al espíritu más bien que á los ojos. La figura de un sol, por ejemplo, así podría significar una divinidad ó el astro de este nombre, como el día ó la luz. El progreso consistió en *escribir el lenguaje* y no las ideas, en *hablar á la vista*, evitando la interpretación, de suyo vaga y arbitraria. Se cree que los fenicios realizaron este progreso, por el vivo deseo que tenían de simplificar los apuntes en sus libros de comercio, y como una especie de signos de abreviación. De cualquier modo, ellos contribuyeron con este sistema de escritura á conservar, propagar y robustecer los conocimientos humanos, y merecen por eso solo un puesto promi-

nente en la historia de la civilización. Hay quienes crean que el sistema de escritura fonética ya existía entre los pueblos de Oriente, y que los fenicios no hicieron más que propagarlo en Occidente; con lo que bastaría para su gloria. Lo cierto es que, más ó menos modificadas, las veintidós letras fenicias se encuentran en todos los alfabetos antiguos: judío, licio, etrusco, griego, itálico, ibero, rúnico, etc. Algunos pueblos, como el judío, siguieron escribiendo como los fenicios de derecha á izquierda; otros, como el griego y el romano, escribieron de izquierda á derecha, costumbre que se generalizó entre las naciones modernas; pero á partir de entonces, solo es civilizado el pueblo que *sabe escribir*. (1).

CAPITULO V.

INDOSTAN.

1.—Origen de la civilización Hindú.

DESDE tiempos remotos y desconocidos el *Indostán* estuvo habitado por hombres cuya historia se ignora; pero como dos mil quinientos años antes de Jesucristo, descendieron de las montañas de *Pamir* unas tribus belicosas, pastores y guerreros á un tiempo mismo, que poblaron, no solo la península que riega el *Ganges*, sino también la meseta del *Irán*. Estos mismos habitantes penetraron por las gargantas del *Cáucaso*, y se esparcieron por las llanuras de la *Rusia* y el mediodía de Europa. Las tribus formaban una misma raza, la *Arya*, reconocido y probado por los modernos lingüistas, á causa de la semejanza en los idiomas de todos los imperios que formó; estos imperios fueron los siguientes: el indostánico y el persa, en Oriente; el griego y el romano en Occidente. En este capítulo vamos á tratar de la raza *Arya* que pobló el *Indostán*.

(1) Hasta ahora sólo hemos tratado de los pueblos de raza Chamítica y Semítica; toca tratar de las naciones que constituyó la raza Arya.

Como 2,000 años antes de Jesu-risto, varias tribus pertenecientes á la raza *Arya*, y que vivían *patriarcalmente*, esto es, como si sus miembros formaran una misma familia, pasaron los desfiladeros que hay entre la meseta de Pamir y la región de los cinco ríos (Penjah), y ocuparon el valle del *Indo*. El jefe de cada una de estas tribus, era al mismo tiempo sacerdote, juez y rey. Desde entonces tomaron el nombre de *indios ó indostánicos* con que son conocidos; llevaban una vida sencilla, y sus creencias y principales costumbres se hallan consignadas en sus *Himnos ó Vedas*, que cantaban á sus dioses, y que coleccionados más tarde forman libros que han sido interpretados en la actualidad.

II.—Religión y costumbres.

EL *Indostánico* llama á sus dioses «*los resplandecientes*» (devas); cuanto brilla es para él una divinidad: el cielo azul y luminoso, la aurora, la nube sonrosada, la fulgente estrella; pero sobre todos, el *Sol*, (*Indra*), y, en seguida, el *fuego*, (*Agni*). *Indra* es el rey poderoso, el rey del mundo y señor de las criaturas; el que las alumbró y calienta; el que lanza el rayo, y derrama la lluvia y disipa las nubes: diariamente cruza el cielo en su carro tirado por caballos celestes. Todos los fenómenos naturales los explica á su manera; así, los huracanes y las violentas tempestades, tan frecuentes en las Indias Orientales, los interpretaban suponiendo que la *nube negra* es la gruesa envoltura en que están contenidas las *vacas rosadas* de *Indra*, las benéficas aguas que fertilizan y alegran los campos; *Vibra*, la serpiente de tres cabezas, las ha sustraído, y las ha ocultado en la oscura caverna. (la nube), donde mugen constantemente: esto es el lejano retumbar del trueno; *Indra*, por fin, va á buscarlas, y pega con su pesado mazo en la caverna, saca de élla su lengua de fuego: estos son el trueno y el relámpago... Luego, el monstruo es vencido, la cueva se abre, las aguas se precipitan sobre la tierra: *Indra* vencedor vuelve á lucir resplandeciente en el cielo.

El *fuego* es considerado como otra forma de *sol*; lo producen, como todos los pueblos primitivos, frotando

dos pedazos de madera; y se imaginan que sale de la leña, en donde lo ha metido la lluvia, para subir al cielo, que es su patria, como lo prueba la llama que asciende. «El *fuego*,» dicen los *Vedas*, es el que ahuyenta las tinieblas; es el que calienta al hombre y cuece los alimentos; es el bienhechor y el protector de la casa, el alma del mundo, el padre de la raza humana.» Los dioses del primitivo pueblo hindú son, pues, la luz y el calor, fuentes de la vida. Para adorarles empieza el oficiante por encender el fuego, frotando dos trozos de leña; luego lo alimenta con manteca, leche y una bebida fermentada, el *soma*; le ofrece frutos, pasteles y sacrificios de animales. Piensa que sus dioses, contentos con estas ofrendas, le harán feliz; y así lo dice con llaneza en un himno que termina de este modo: «Cambie- mos nuestras fuerzas y vigor, oh *Indra!*... dame algo, como yo te doy... tráeme algo, como yo te traigo.» Tampoco olvida el indostánico el *fuego de la vida*, el *fuego* que el padre transmite á sus hijos, por esto le conserva siempre en el hogar, cuidando de que no se extinga jamás. En esta creencia, fundaron los romanos más tarde la familia.


Aquellas tribus primitivas y sencillas no se detuvieron en la región del *Indo*, extendiéndose hasta la gran llanura del *Ganges*. En ese país, de clima ardiente, y en medio de los antiguos habitantes esclavizados, cambiaron los *Aryas* su religión primitiva y sus costumbres. Entonces, no solo hay poetas que canten himnos á sus dioses, sino también, teólogos, legisladores y sabios. De esta época (del siglo XV. al V. antes de J. C.) son el *Ramayana* y el *Mahabharata*, que tienen miles de versos, y las *leyes de Manú*, código sagrado de la India. Desde entonces la religión cambió, y produjo el *régimen político y social* que ha durado en aquel extraño país hasta el presente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III.—Régimen político y social.

 La sociedad se constituyó y organizó conforme á la nueva religión, inventada por teólogos. Según estos, *Brahma*, dios supremo, creó cuatro especies de hombres: los *brahmanes*, que proceden

de la boca del dios, y que están encargados de estudiar, enseñar los himnos y practicar el culto; los *katrias*, que proceden del brazo de *Brahma*, y que son los guerreros, encargados de proteger y defender á otras clases; los *vacias*, ó comerciantes, nacidos del muslo, y que tienen por misión cultivar la tierra, criar los animales y comerciar; por último, los *sudras*, que salieron del pie del dios, y que deben ser los servidores de los demás. Además de esta Institución, los brahmanes se propusieron eternizarla, disponiendo que cada hombre debía permanecer en su clase; que jamás el hijo de un cultivador ó comerciante podría ser guerrero, ni el de un guerrero brahmán. Así se constituyó esta sociedad en clases hereditarias y cerradas, las *castas*, lo que ocasionó su ruina y su miseria.

Por bajo de estas clases estaban los *impuros*, á quienes no se les veía como hombres; y entre los impuros, los *parias*, á quienes se trataba peor que á los mismos animales. Los primeros de todos los hombres son, pues, los brahmanes; los últimos, los parias. La hermosa y sencilla religión de los *Vedas* fué transformada en otra inicua, dura, complicada, que absorbió á la sociedad y la petrificó en las *castas*. En lugar del patriarca dulce y compasivo apareció el brahmán, duro y receloso; en vez de *Indra* y de *Agni* (el sol y el fuego), crearon á *Brahma*, la oración; á *Civa*, dios perverso y destructor; y á *Vichnú*, justo y benéfico. Concibieron, también, la transmigración de las almas, ó paso del alma de un ser á otro, superior ó inferior, hasta que llegue á confundirse en el seno de *Brahma*. (1)

Por último, estos hombres ociosos, hastiados de la vida, llevados de un misticismo lúgubre y desconsolador, enseñaron que vivir es ser desdichado, que la felicidad es el *no ser* (Nirvana); crearon multitud de prácticas minuciosas en su *culto*, que llegaron á convertirse en reglas de la vida íntima y privada, para tornarse luego en leyes de la vida pública y social. Ellos decretaron oraciones, ofrendas, votos, libaciones, abluciones, y pe-

(1) Estas concepciones metafísicas y oscuras no están exentas de cierta grandeza y sublimidad. He aquí los fragmentos de una oración á *Brahma*: Apenas puedo mirarte por entero, pues brillas como el *sol* y el *fuego* en tu inmensidad. . . Tus brazos no tienen límites; tus miradas son como los astros. . . Tú sólo bastas para llenar el espacio que hay entre el cielo y la tierra, y llegar á todas las regiones.

nitencias, entre estas, algunas tan excesivas que ocasionaban la muerte; inventaron el ayuno, los suplicios, que consisten: ya en permanecer meses y años inmóviles y desnudos, expuestos á los rayos de un sol ardiente y á la lluvia, levantados los brazos, reteniendo el aliento; ya en desgarrarse el cuerpo con navajas ú otra clase de instrumentos cortantes, ó en atormentarse de diversos modos. Así creen que pueden destruir el *deseo de la vida*, y elevarse hasta el seno de *Brahma*.

IV.—Regeneración religiosa y social.

PERECIAN de este modo millones de seres en medio de tantas angustias y miserias, principalmente de las ínfimas clases de aquella triste sociedad, (que ni siquiera tenían la esperanza de salir de la humilde condición en que se hallaban), cuando surgió *Buda* (el sabio), que predicó una nueva doctrina. Era *guerrero* é hijo de un rey. Se cuenta que habiendo tropezado en cierta ocasión con un anciano pobre y tembloroso; luego con un enfermo cubierto de úlceras repugnantes, y, en seguida, con un cadáver corrompido y lleno de gusanos, reconoció que la *juventud*, la *salud* y la *vida*, no resisten la *vejez*, la *enfermedad* y la *muerte*. Pronto el sabio huyó al desierto; soportó la áspera penitencia de un brahmán durante siete años, sin que esto bastara á tranquilizar su alma. Volvió al mundo, y predicó durante 45 años su doctrina. A su muerte, estaba fundado el *Budismo*.

Buda enseña, como los brahmanes, que *vivir es un mal*, que *vivir es ser desdichado*; pero lo bueno en él no es el *dogma*, sino el sentimiento. La religión brahmánica era egoísta y cruel con los pobres; *Buda*, por el contrario, tuvo piedad de los débiles, los amó, y predicó á sus discípulos la *caridad*: precisamente lo que necesitaban aquellas almas desesperadas. Los *brahmanes* tenían el orgullo de su clase, de su *casta*, y se consideraban como los más puros, como los superiores de los hombres; *Buda* ama á todos por igual, y los incita á purificarse, sin distinción de sacerdotes, guerreros, comerciantes, sirvientes y parias. «El brahmán, como el paria,» decía, «es hijo de mujer, ¿por qué ha de ser noble el uno, y vil el otro?» El mismo dió el ejemplo

de caridad y mansedumbre, escogiendo sus discípulos de entre los pobres, los desheredados, los huérfanos, los parias. A todos hablaba en lenguaje sencillo y claro; á todos persuadía por el sentimiento, y los cautivaba con su pureza y su candor. Combatió, principalmente, el orgullo, el egoísmo, la crueldad y la hipocresía y tuvo palabras de consuelo para los desdichados.

Los brahmanes hacían consistir la religión en ritos minuciosos y ridículos, declarando criminal y hereje al que no los observaba; *Buda* proscribió todas estas ceremonias inútiles y abrió nuevas vías á la religión al hacer consistir ésta en ser caritativo, casto y benéfico. «Hacer el bien,» decía, «vale más que practicar ritos difíciles.» «Enseño,» añadía, «una doctrina de benevolencia y misericordia, por eso nos agrada á los dichosos de este mundo.»

Cinco siglos antes de Jesucristo se propagó, así, una doctrina que enseñaba la abnegación, el amor del prójimo, la igualdad y la tolerancia. Los brahmanes, como debe suponerse, le hicieron una guerra encarnizada; pero se abrió paso por en medio de todos los egoísmos, y llevada por los misioneros, la doctrina traspuso el Himalaya, y se extendió por el *Tíbet*, *China*, *Ceilán* y el *Japón*. Hoy cuenta con 500 millones de adeptos, y aunque corrompida por los discípulos de *Buda* (monjes de ambos sexos), esta doctrina continúa siendo para el Oriente, como el Cristianismo lo es aún para Occidente, una creencia de paz, de caridad y de igualdad.

CAPITULO VI.

LOS PERSAS.

I.—Origen de la civilización Persa.



EN la época desconocida, y solamente supuesta, en que los montañeses belicosos, pertenecientes á la raza blanca, descendieron de la meseta

de *Pamir* (XX a. de J. C.), algunas tribus de cazadores y guerreros se establecieron en el inmenso caudrilátero formado por el *Eufrates*, el *Tigris*, el *Indo*, el *Jaxartes* y el *Golfo pérsico*, en el *Irán*, de donde toda la raza, aun los que penetraron en la India Oriental y en la Europa, ha tomado el nombre de *Irania*, y por corrupción *Ariana*, *Aria* ó *Arya*. El idioma que hablaban era idéntico al de los indostánicos, y presenta gran afinidad con el griego y el latín, el gótico y el eslavo, lo que indica que son de un mismo tronco étnico (1). La palabra castellana *padre*, por ejemplo, está derivada de la griega y latina *pater*, muy parecida á la germánica *father*, derivadas á su vez del sanscrito (lengua hindú) y del *Zend* (lengua del Irán) *pitar*. En realidad es la misma palabra pronunciada de modo diferente. Lo mismo sucede con la voz *diente*, derivada del sanscrito y *Zend dantas*, y que pasó por el griego *odontos* y el latín *dentis*, para llegar á la forma que afecta en los idiomas neolatinos.

La meseta del *Irán* fué, así, poblada por tribus aryas (medos y persas), que permanecieron mucho tiempo obscuras, cuando ya los *caldeos*, *asirios*, *judíos* y *fenicios*, desplegaban los vuelos de una civilización poderosa, y cuando ya los *egipcios* declinaban visiblemente después de haber alcanzado su florecimiento. No se conservan de los persas ningunos documentos pertenecientes á esa remota época: no tienen cánticos semejantes á los *Vedas*, ni códigos como el de *Manú*. Solo conocemos incompletamente, por los relatos de Herodoto, (muy posteriores), la vida que llevaban en sus desoladas estepas, aquellos ágiles ginetes, cazadores, pastores y guerreros. á quienes, según el gran historiador, no se les enseñaba hasta los veinte años, más que tres cosas: «montar á caballo, tirar el arco y decir la verdad.» Pero por el siglo VII. aparecen los medos, fundan á *Ecbátana*, se unen á los babilonios y destruyen á *Ninive*. (625). Pronto se corrompen éstos en su contacto con los *Asirio-caldeos*, y entran en los tiempos históricos los

(1) En el estudio de los idiomas comparados se ha seguido este sistema: se ven las raíces comunes en varios, y se van anotando sus analogías y sus diferencias ó transformaciones. Cuando una palabra es muy parecida en varios idiomas, es que el vocablo fué formado antes de la separación de las tribus. Miles de raíces como las indicadas en el texto han probado la identidad de la raza arya.

persas, que habían conservado la pureza de sus costumbres primitivas, y que con *Ciro*, (siglo VI. a. de J. C.), comienzan á extender sus dominios por el Asia para amenazar en seguida á la Europa.

II.—Religión y costumbres.

SE ignora la primitiva religión de los persas. Sólo se sabe que adoraban al sol (Mithra), y á las fuerzas naturales. Mas, por el tiempo comprendido entre los siglos X y VII, apareció, según la leyenda, un sabio, reformador de la religión, del culto y de las costumbres. Tal fué *Zoroastro* (Tharathustra), autor del *Zend-Avesta*. (Ley y Reforma). Dice el relato que lo escribió en doce mil cueros de vaca y que lo dividió en veinticuatro libros. Lo único cierto de todo esto, es que los orientalistas modernos han encontrado entre los *parsís*; ó sea entre los persas refugiados en la *India*, algunos manuscritos preciosos, que han podido interpretar. La doctrina que contienen, atribuida por los fieles á *Zoroastro*, es la que á continuación extractamos.

Ahura, Mazda ú *Ormuz*, es el soberano que puede todo, el que todo lo sabe (1). Como es bueno, no ha podido crear más que lo bueno: el sol y el fuego, que ahuyentan las tinieblas de la noche; la bebida fermentada, que parece fuego líquido; el agua, que calma la sed; los campos cultivados, que alimentan al hombre; los animales domésticos, sobre todo el perro, que protege y cuida el ganado; y las aves, porque viven en la luz, principalmente el gallo que anuncia el día. Mientras que, por el contrario, cuanto malo y nocivo hay en el mundo procede de *Ahrimán* (Angra-Manyon): las tinieblas, el frío, el desierto, las plantas venenosas, las serpientes, los parásitos, los animales inmundos. De igual modo, [y esto prueba claramente el buen sentido de este pueblo], en el mundo moral son criaturas de *Ormuz* la *vida*, la *pureza*, la *verdad* y el *trabajo*, en tanto que la

(1) La oración que le dirigen, dice: «invoco y celebro al creador *Aura-Mazda*; luminoso, resplandeciente, muy grande y muy bueno, muy perfecto y enérgico; muy inteligente y hermoso, que es manantial de placer, que posee la buena ciencia, que nos ha creado, formado y alimentado.»

muerte, la *suciedad*, la *mentira* y la *pereza*, proceden de *Ahrimán*. Ambos dioses tienen á sus órdenes ejércitos de espíritus: los ángeles buenos [yazatas], y los demonios perversos [devs]; los primeros residen en la luz de la aurora, los segundos en las tinieblas del crepúsculo. El mundo es un campo de batalla en que libran una lucha encarnizada.

El papel del hombre está bien determinado en esa lucha formidable, pues que su deber está en combatir en favor de *Ormuz* y de su obra, procurando destruir la de *Ahrimán*. Lucha contra las tinieblas, conservando el fuego; contra el desierto, cultivando la tierra; contra los animales feroces é inmundos, matándolos; contra la impureza, manteniéndose limpio; contra la mentira, diciendo siempre la verdad [1]; contra la muerte, teniendo descendientes.

Según el *Zend-Avesta*, los persas creían en la inmortalidad del alma. Cuando moría una persona, colocaban el cadáver en un punt o elevado, con la cara vuelta al sol, y dejaban que los animales impuros [que se reunen donde hay materia muerta], limpiasen el cuerpo al devorarlo. Suponían que el alma se presentaba al tercer día en el puente de «la reunión» [Shinvat], donde la juzgaba *Ormuz*. Si era buena, los ángeles buenos, las almas de los animales domésticos [el perro principalmente], le ayudaban á pasar el puente, para confundirse después en el seno de *Ormuz*; si era mala, por el contrario, el alma llegaba al puente, vacilante y sin fuerzas, se apoderaban de ella los demonios [devs], arrastrándola al fondo del abismo, donde la encadenaban en medio de perpetuas tinieblas. [2].

(1) Dice Herodoto que no había para los persas algo más vergonzoso que decir mentira; y luego, contraer deudas, porque el que las contrae, miente con frecuencia.

(2) Opina Seignobos que esta religión, nacida en un país de violentos contrastes, donde las fuerzas naturales parecen hacerse cruda guerra, es la expresión fiel de esta lucha. El iranio tomó como una ley moral lo que tenía á su vista. De aquí se derivó una creencia que impulsa al trabajo y la virtud; pero que produjo mil preocupaciones, que atormentaron por mucho tiempo á los pueblos de Europa.

III.—Régimen político.

CON *Ciro* (560 á 527), (1), comienza la historia del Imperio persa, el mayor y más sólidamente establecido que hubo en Oriente. Destruyó el reino de los medos, conquistó la *Lidia* y el *Asia menor*, y luego se apoderó de Babilonia. Se cree que murió en una expedición contra los *escitas*, en las llanuras de la Rusia actual, después de haber conquistado el Asia hasta el *Indo*. En una inscripción recientemente descubierta se lee: «Soy Kurus, rey de las legiones, rey grande y poderoso: rey de Babilonia, de Sumir y de Acad, rey de las cuatro regiones; hijo de Kambuzya [1] rey de Susiana, nieto de Kurus, rey de Susiana.»

Otra inscripción en una roca, [la roca de Belhistun], ha comprobado lo que sucedió en el Imperio á la muerte de *Ciro*. Junto á esta inscripción un bajo-relieve representa á *Dario*, tercer sucesor de *Ciro*, y, frente á él, nueve prisioneros encadenados. En la inscripción se lee: «He aquí lo que hice antes de ser rey. Cambises, hijo de *Ciro*, reinaba aquí; y mató á su hermano *Esmerdis*. El pueblo ignoró el hecho; pero cuando Cambises fué á Egipto, se rebeló. Un mago, llamado *Gaumata*, le hizo creer que era *Esmerdis*, hijo de *Ciro*; aquel se unió al mago, y abandonó á *Cambises*. Este murió, hiriéndose con la espada. . . . Cuando *Gaumata* arrebatara á *Cambises* la Persia, la Media y los demás países, reinó en ellos é hizo su voluntad. El pueblo le temía por su crueldad; hubiera sido capaz de acabar con todo, á fin de que no se supiera que no era *Esmerdis*. . . *Dario* lo declara, no había un solo hombre ni en Persia ni en Media, que se atreviera á arrancar la corona á *Gaumata*. Entonces me presenté, pedí protección á *Ormuz*, y me la concedió. . . . En compañía de hombres fieles, maté á *Gaumata* y á sus principales cómplices, y fuí rey por la voluntad de *Ormuz*. Restauré el Imperio arrebatado á nuestra raza; levanté

(1) Aunque comprobada la existencia de *Ciro*, la imaginación y la leyenda parecen haberse complacido en rodear el nacimiento y la vida de este personaje, no tanto de prodigios, cuanto de extravagancias. No debemos insertarlas en esta obra.

(2) *Cambises*.

los altares, restablecí los cantos y ceremonias. . . . He dado diez y nueve batallas; he vencido á nueve reyes.» Este mismo rey conquistó la *Tracia*, en Europa, y en Asia varias provincias del Indostán, con lo que constituyó el mayor Estado conocido hasta entonces; comprendía desde el *Danubio* al *Indo*, y desde el mar *Caspio* á las cataratas del *Nilo*.

Desde entonces quedó organizado el Imperio, tal como persistió hasta su caída, y su destrucción por *Alejandro el Grande* (332). Fué dividido en regiones ó *satrapías*, gobernadas por un Jefe ó *Sátrapa*, encargado de cobrar los impuestos y de enviarlos al rey. Además, como tan grande Imperio estaba formado por pueblos de raza, idioma, creencias y leyes diferentes, el Soberano los dejaba administrarse como les parecía, cuidando sólo de que no faltasen al pago de los tributos, ya en especie (trigo, caballos, marfil), ya en metal (plata ú oro), y que él mismo determinaba. Cierta es que este poderoso rey, á quien los griegos llamaban *grande*, era un déspota cruel y despiadado, tal como aparece de las fieles narraciones de Herodoto (1). Pero los pueblos de Asia siempre habían obedecido á tiranos, á déspotas crueles é insaciables, como los asirios; con el *gran rey* (como le llamaban los griegos), obtuvieron paz siquiera; ya no se vieron desde entonces, por dos siglos, á aquellos terribles conquistadores, que incendiaban las ciudades y pasaban á cuchillo poblaciones enteras. Fué un período de paz y de tranquilidad que dió al Asia una tregua durante las crueles luchas de tantas generaciones de pueblos que se desgarraban entre sí. Fué el mejor régimen político que aquella parte del mundo había conocido. Duró hasta que *Alejandro el Grande* lo substituyó con otro más humano.

(1) El gran griego cuenta que un día, Cambises (hijo y sucesor de *Ciro*), preguntó á Prexaspes—¿Qué piensan de mí los persas?—El cortesano, queriendo dar un tímido consejo á su Señor, le contestó—Os colman de alabanzas; pero creen que os gusta demasiado el vino.—Vas á ver—exclama Cambises irritado—si los persas dicen la verdad. Si hiero en la mitad del pecho á tu hijo que ves allí en el vestíbulo, eso significa que los persas no saben lo que dicen. Tiende el arco, y una flecha mata al hijo de Prexaspes. El bárbaro entonces, exclama riendo, y lleno de alegría—Ya ves que los persas han perdido el juicio; dime si has visto á alguno que apunte mejor?—Señor—contestó el padre de la víctima—creo que ni el mismo dios puede tirar así.

LOS palacios de *Susa*, *Ecbátana* y *Persépolis* dejaron ruinas imponentes, que hoy han explorado distinguidos arqueólogos. Entre ellos Dielafoi. Las esculturas, los bajo-relieves, los ladrillos esmaltados, que se han encontrado en las excavaciones, prueban el adelanto de aquel pueblo en las artes. Los palacios eran construídos sobre eminencias, á que se ascendía por calzadas de suave pendiente. La arquitectura acusa gran semejanza con la de los asirios, lo que prueba que los persas imitaron á súbditos más civilizados que ellos, como años más tarde los conquistadores romanos imitaron á los griegos. Se ven los mismos techos planos, en forma de azotea; los mismos monstruos de piedra coronados, como en Nínive; los bajo-relieves en ladrillos esmaltados, y que representan cacerías y combates, procesiones y ceremonias.

Los persas realizaron, sin embargo, mayores progresos que los asirios, sobre todo en arquitectura, puesto que empleaban mejor material de construcción, como piedra y mármol: lo que les permitió levantar edificios más sólidos y bellos que los de Babilonia y Nínive, en los cuales solo se pudo emplear el ladrillo, pues que la llanura del Eufrates no proporciona mejores materiales. Los artesonados de las salas son más elegantes y primorosamente trabajados; por último, emplearon por primera vez la columna, que es el más bello adorno arquitectónico, y que fué enteramente desconocida de los egipcios, caldeos, fenicios y judíos. Según aparece en las ruinas, era delgada, esbelta, y tenía de altura doce veces el ancho ó diámetro.

Los demás progresos de los primitivos pueblos de Oriente parece como que se estancaron, hasta que vino á sacarlos de aquel marasmo la conquista macedónica, necesaria para que el mundo siguiera nuevos derroteros en esta labor interminable de la civilización.

SECCION SEGUNDA. GRECIA.

CAPITULO I.

PRIMEROS TIEMPOS DE GRECIA.

I.—Las leyendas.

SE ignora el tiempo preciso en que se pobló la hermosa península que forma la Grecia. Se asegura sí, con datos auténticos, que sus primitivos habitantes pertenecían á la misma raza que pobló el *Indostán* y la *Persia*; sus costumbres, los nombres de sus dioses y, en general, su idioma, no dejan duda alguna acerca de su procedencia asiática y de su origen *Arya*. Ellos ignoraban absolutamente esta procedencia y origen, y se creían *autóctonos*, ó nacidos en el lugar mismo en que se civilizaron después. La razón de esto consistió en que los griegos no pudieron conservar el recuerdo de sus primitivas emigraciones, porque para conservar la noticia de los sucesos pasados se necesita consignarlos, ó tener un medio de fijar estos sucesos. Ahora bien, consta por documentos auténticos, que los griegos no comenzaron á escribir sino hasta el siglo VIII a. de J. C. (776. Primera Olimpiada). Así es que á partir de entonces empieza la verdadera historia de Grecia.

Mas, en el país circulaban multitud de leyendas, de profunda significación unas, de belleza innegable otras, y que si no son ahora temas importantes de estudios históricos, se han convertido en manantial inagotable para las bellas artes. Entre los relatos que contienen cierto sentido moral, conviene mencionar el de *Hércules* (símbolo de la fuerza, del valor y la justi-